

Nacionalismos y populismos en la edad contemporánea

ALFONSO BOTTI

Conferencia pronunciada por Alfonso Botti, Profesor Emérito de Historia Contemporánea, en el Departamento de Estudios Lingüísticos y Culturales de la Universidad de Modena e Reggio Emilia, Italia, realizada en Fortaleza, Ceará, el 18 de octubre de 2023, por ocasión de la serie de conferencias “Grandes temas de la Sociología contemporánea”, a través del Programa de Postgrado en Sociología de la Universidad Federal de Ceará, bajo orientación del Profesor Fabio Gentile (Coordinador del PPGS-UFC).

Quiero agradecer en primer lugar al profesor Fabio Gentile por su invitación y al mismo tiempo disculparme por no hablar portugués. En segundo lugar, decir que el tema es cronológicamente muy amplio y lo es desde el punto de vista temático también. Por esta razón me centraré más que en los hechos, procesos y episodios, en los conceptos y en las categorías.

Empezando por el nacionalismo, lo primero que hay que decir es que hay dos tipos de nacionalismos. El mismo término apunta procesos históricos diferentes. La historiografía anglosajona en su inmensa mayoría entiende por nacionalismo la construcción de las identidades nacionales, el *Nation Building*. Es el nacionalismo que acompaña el nacimiento de las naciones modernas a partir de la Revolución francesa y con ella del principio de la soberanía nacional como legitimación del poder político. Es lo que ocurre en primer lugar en Latinoamérica a partir de principios del siglo XIX con el nacimiento de los diferentes Estados nacionales a raíz de las luchas de independencia del imperio portugués y español. Uds. conocen mucho mejor que yo estas dinámicas y sus protagonistas:

ALFONSO BOTTI

Conferencia pronunciada por Alfonso Botti, Profesor Emérito de Historia Contemporánea, en el Departamento de Estudios Lingüísticos y Culturales de la Universidad de Modena e Reggio Emilia, Italia, realizada en Fortaleza, Ceará, el 18 de octubre de 2023, por ocasión de la serie de conferencias “Grandes temas de la Sociología contemporánea”, a través del Programa de Postgrado en Sociología de la Universidad Federal de Ceará, bajo orientación del Profesor Fabio Gentile (Coordinador del PPGS-UFC).

Simón Bolívar, José de San Martín, Dom Pedro I do Brasil, José Martí, etc.). Lo mismo ocurre después en Europa, donde Italia, en 1861 y Alemania, en 1971, son los últimos en cuajar como Estados nacionales en el siglo XIX. Otros Estados surgirán después de la derrota del Imperio Austro húngaro al finalizar la Primera guerra mundial (Austria, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, Polonia y, por razones diferentes, el Estado Libre Irlandés en 1922). Este nacionalismo es el que a partir de la real (o supuesta) existencia de una nación (caracterizada por la lengua, una historia, unas tradiciones, la religión, unos olvidos y enemigos compartidos) reivindica la construcción de su propio Estado. En una primera fase son unas minorías intelectuales y burguesas que actúan como agentes de nacionalización construyendo un “nosotros”. En esta fase la nacionalización es todavía rudimental, se convierte en una máquina potente después del nacimiento de los Estados a través de otros, y más contundentes, medios de nacionalización: la escuela, el servicio militar y la guerra, cuando se da el caso. Todo lo anteriormente dicho marca el siglo XIX, que es el siglo de los nacionalismos (de estos nacionalismos), que al fin y al cabo se caracterizan por defender el “principio de nacionalidad”, es decir el derecho de cada pueblo-nación de tener su propio Estado. Claro está que no todos lo consiguen y que por lo tanto surgirán otros Estados después de la Segunda guerra mundial, bien por causas peculiares, como el Estado de Israel (1948), bien en el marco de los procesos de descolonización, a partir de India (1947) y en el caso de los diferentes estados africanos. Una tercera ola de nuevos Estados, impulsados por movimientos nacionalitarios (y nacionalistas también) se produjo a partir de los años noventa del siglo XX a raíz de la implosión de la Unión Soviética y de las guerras en la ex Yugoslavia. Fueron seis los que surgieron en los confines occidentales del imperio soviético: Estonia, Letonia, Lituania, Bielorrusia, Ucrania y Moldavia; seis en los confines meridionales asiáticos: Armenia (1990-1991), Azerbaiyán (1991), Georgia (1991), Kirguistán (1991), Uzbekistán (1991) y Tayikistán (1991); cinco y a continuación siete de las guerras en la ex Yugoslavia: Eslovenia (1991), Macedonia (1991), Croacia (1992), Bosnia-Herzegovina (1992), Serbia-Montenegro (1992) y Montenegro

(2006), mientras el Kosovo (2008) todavía no goza del reconocimiento internacional unánime. A los que hay que añadir la división de Checoeslovaquia en las repúblicas de Eslovaquia y Checa (1993). Único caso en dirección contraria, la unificación de las dos Alemanias en 1990.

A partir de los años ochenta del mismo siglo XIX surgen otros nacionalismos. El paradigma es el de la *Action française*, que tiene gran influencia además que en Francia, en Portugal, Brasil, Argentina, etc.. En Italia nace la Asociación Nacionalista Italiana (ANI). Pregunta: si los Estados ya existen, ¿qué quieren estos nacionalismos? Respuesta: quieren que la nación sea homogénea desde el punto de vista político, ideológico, social, religioso, racial. Quieren que sea fuerte para competir en el plano internacional en su proyección imperialista. Para ser fuerte tienen que incorporar todos aquellos que comparten la misma cultura y lengua, al tiempo en que tienen que desarrollar políticas demográficas para incrementar su población.

Los dos nacionalismos son muy distintos.

Los primeros surgen de la ilustración y del liberalismo político. Son tendencialmente liberales, hasta demócratas e incluyentes. Los segundos surgen de la cultura positivista, naturalista, son tendencialmente autoritarios, de derecha y excluyentes.

Para los primeros la nación es de todos, por el contrario, los segundos monopolizan la nación. Solo ellos la defienden y representan. Los demás son antinacionales.

Si la sacralización de la patria y de la nación había empezado en el siglo XIX, en el siglo XX los nuevos nacionalismos las convierten en verdaderas religiones políticas. A menudo, como en el caso del nacionalsocialismo alemán, en competición con el cristianismo en la perspectiva de substituir la religión tradicional con la nueva religión de la nación.

Los primeros aman a su propia patria, los segundos odian las patrias de los demás.

Los primeros pueden tener enemigos externos (las dinastías que se oponen a la independencia de los pueblos); los segundos tienen sobre todo enemigos internos (los extranjeros, los judíos, los antinacionales, es decir todos aquellos que no comparten su idea de nación).

Los primeros operan en una sociedad que no ha alcanzado el nivel de sociedad de masa. Por lo tanto, este nacionalismo es propio de círculos restringidos de intelectuales, masones, liberales, oficiales del ejército. Los segundos aparecen en la sociedad de las masas y actúan en la calle, movilizan estudiantes, amplios sectores de la pequeña burguesía, forman movimientos y partidos.

Además, los nuevos nacionalismos se parecen mucho de entre ellos. Todos ellos comparten la idea de vivir en una edad de decadencia frente a la cual sus programas se presentan antes que nada como antidecadenciales. Todos denuncian el decremento demográfico que quieren contrastar con políticas de implementación de la natividad. Todos tienen a sus espaldas el trauma de una derrota militar y la necesidad de rescatar el orgullo nacional hecho cenizas: el francés la derrota en la guerra franco-prusiana (1870), el italiano la derrota en la batalla de Adua (1896) en la guerra colonial en África, el español el desastre de la guerra Hispanoamericana (1898), el alemán la derrota en la Grande guerra (1918). A menudo comparten la necesidad de contrastar los presuntos secesionismos internos: modélico el caso del nacionalismo españolista frente al nacionalismo catalán, vasco y gallego; en la otra orilla del Atlántico la misma preocupación tienen Plínio Salgado y su Ação Integralista Brasileira. Todos ellos, con diferentes graduaciones son antisemitas y se apoyan en la religión, que intentan instrumentalizar, consiguiéndolo a menudo.

Cada cual se presenta como autóctono, original, único, independiente de los demás; en realidad comparten el mismo esquema, la misma manipulación de la historia nacional, el mismo objetivo: la homogeneidad de la sociedad y la coincidencia entre la sociedad, la nación y el Estado. No hay nada más transnacional que el nacionalismo.

Por lo tanto, hay que distinguir. Si son dos procesos diferentes, es menester tener dos términos distintos. Hay varias opciones al respecto: nacionalitarismos y nacionalismos; viejos y nuevos nacionalismos; nacionalismos y “nacionalismos de los nacionalistas”. De otra forma tendríamos que identificar con el mismo término Mazzini, Hitler y Gandhi. Y no puede ser.

La definición de populismo es bastante más compleja.

En primer lugar, hay que remontarse al origen del término, no desde el punto de vista filológico que es muy fácil, sino del punto de vista histórico. Con todo, sigue siendo un fenómeno polimórfico y un concepto polisémico.

Del populismo existen definiciones y un mapa desde 1969, cuando Ghita Ionescu y Ernest Gellner dirigieron y publicaron *Populism: Its Meanings and National Characteristics*. Los movimientos populistas tienen una larga historia que empieza en los Estados Unidos a finales del siglo XIX con la protesta de los campesinos contra el Estado federal con el *Greenback-Labor Party* y después con el *People's Party* o *Populist party* (1891) que luchó para la introducción del impuesto progresivo a la renta y para la elección directa de los senadores, luego acogida en el la Decimoséptima enmienda de la Constitución (abril de 1913). En los mismos años se fue desarrollando en el imperio zarista un movimiento muy articulado, fragmentado, de protesta por las condiciones de los campesinos y de los servos de la gleba de orientación socialista, el *Naródnik* o populismo ruso.

La historiografía ha aplicado la categoría de populismo al movimiento liderado por Getúlio Vargas que fue presidente desde 1930 a 1945 y desde 1951 a 1954, al peronismo de Juan Domingo Perón a partir de los años cuarenta (fue presidente de Argentina entre 1946 y 1955 y de 1973 a 1974) y al cardenismo de Lázaro Cárdenas en México, del que fue presidente desde 1934 hasta 1940. Sin embargo, el término se ha socializado mucho a partir del peronismo, puesto que el justicialismo peronista se ha convertido en paradigma, por no decir casi en sinónimo de populismo.

Según Juan Domingo Perón el pueblo argentino tenía que encontrar, recuperar, a su alma y su esencia más íntima que las culturas extranjeras habían extraviado, desfigurado. Con culturas extranjeras se refería a la considerable presencia italiana, española y en menor medida alemana, y también al efecto sirena de los EE.UU. con sus prácticas invasivas en el subcontinente americano. Además, pretendía afirmar una idea democrática más pura, de democracia social, sobre la base de una relación directa entre el líder y las masas, por encima del sistema de los partidos y del parlamento. Una visión y una política que se concretaron en 1950

en las 20 verdades del peronismo, que al octavo punto decía: “En la acción política, la escala de valores de todo peronista es la siguiente: primero la patria, después el Movimiento y luego los hombres”.

En Europa hubo varios movimientos, de diferentes tamaños e influencias a partir de aquello de Pierre Poujade, del cual sale el termino poujadismo, que en alrededor de la mitad de los años cincuenta animó en Francia la protesta de los comerciantes y de los artesanos. En las elecciones legislativas de 1956 obtuvo el 12,6% de los votos eligiendo 52 diputados. Sobra decir que, quedando en Francia, la categoría de populismo se ha aplicado al Frente nacional de Le Pen, antes del padre Jean-Marie, después de la hija Marine.

Sobre el fenómeno populista, una aportación relevante ha venido por parte de la politóloga británica Margaret Canovan, en *Populism*, publicado nel 1981. En este ensayo se diferencian los populismos agrarios (los de los EE.UU. y de Rusia de finales del siglo XIX) de los políticos. Serían esos últimos los más importantes según la británica por la cual todos ellos presupondrían la idea democrática moderna de la soberanía popular, a raíz de la cual actuarían a través la movilización nacional de las masas, según cuatro tipologías: a) la *dictadura populista*, de la cual e principal ejemplo sería el peronismo; b) la *democracia populista*, caracterizada por el gran utilizzo de la democracia directa, referéndum, como en el caso de Suiza; c) el *populismo reaccionario* de orientación xenófoba, racista, cuyo ejemplos serían las campañas de los años sesenta de Enoch Powell en el Reino Unido contra los inmigrantes procedentes de la ex colonias británicas y, en otro lado del Atlántico, las campañas del pluri candidato democrático a la presidencia de los Estados Unidos, George C. Wallace, en favor de la segregación racial y contra los derechos civiles de los afro-americanos; d) los *populismos de los políticos* (de deferentes políticos, de diferentes países) que hacen llamamientos a la unidad del pueblo más allá de las divisiones políticas e ideológicas. Según Pierre-Andrés Taguieff una especie de “populismo banal” (Billig, 1995) marcado por la tendencia plebiscitaria. Es evidente que estas tipologías, productos de proceso cognitivo de abstracción, pueden presentarse mezcladas entre ellas en el plano histórico.

Con todo, diría que: 1) no existe una definición compartida de populismo en el plano científico y académico, 2) no existe un corpus ideológico definido del populismo y tampoco un programa o un proyecto de sociedad (para ser más explícito todos tenemos una idea aproximada de lo que es una sociedad democrático-liberal, socialdemócrata, socialista, comunista, fascista, etc.). En cambio, ¿cuál es el modelo de sociedad populista? 3) que históricamente han existido populismos conservadores y de derecha, al lado de populismos progresistas o de izquierda (o que se han presentado como tales).

De toda forma, es posible apuntar por lo menos algunas características que todos los populismos comparten. Características – hay que añadir – que a menudo no pertenecen tan solo a los movimientos llamados populistas, sino que se pueden encontrar en movimientos y regímenes como por ej. el fascismo, que fue también un populismo.

El estudioso que más recientemente ha dibujado el perfil que más me convence del actual populismo es el francés Pierre-Andrés Taguieff. En su visión el populismo sería un estilo político y retórico caracterizado por un líder carismático que se dirige al pueblo sobre la base de una idealización de este y rechazando los llamados cuerpos intermedios entre la sociedad y el Estado y que pretende reducir la distancia entre los gobernantes y los gobernados (Taguieff, pp. 81, 104). A lo cual puede añadirse el desprecio, cuando no directamente el rechazo, de la mediación política. Además, el populismo se alimenta con la idea que el pueblo lleva siempre la razón. Que el pueblo sea moralmente sano, con diferencia de las elites que serían corruptas. Sin embargo, ese pueblo que el populismo idealiza queda muy lejos del pueblo real. El pueblo real está dividido social, económica, ideológica y culturalmente. Conscientes de esta referencia al pueblo demasiado genérica, abstracta, los líderes populistas necesitan de una especificación más, entonces acuden al sintagma “verdadero pueblo”, “pueblo auténtico”, “la gente sencilla”. Sin embargo, ¿cuál es el pueblo verdadero, auténtico? Él que lo sigue. Cuidado con verdadero, auténtico, sencillo porque tiene un marcado matiz excluyente de los que tienen estudios, de la gente culta, de los intelectuales.

Todos los populismos son anti intelectuales. El mismo Taguieff explica, además, como el populismo necesite tener enemigos: la Unión Europea, los inmigrados, los musulmanes, las elites políticas (la *casta*) y los intelectuales.

De esta forma hemos entrado ya en la valoración de los nuevos movimientos nacional-populistas de los dos continentes, que han surgido a raíz del desplome que empezó con la crisis económico-financiera de 2007-2008, las durísimas medidas de austeridad adoptadas por las autoridades políticas y bancarias, una crisis que no se había solucionado cuando estalló la pandemia del Corona virus, que impactó de una forma importante sobre la población mundial, una parte de la cual se empeñó en rechazar las vacunas, las medidas sanitarias y las restricciones de la movilidad ciudadana. La misma parte de la población en la que encuentran sus adeptos los nuevos movimientos nacional-populistas. Lo anteriormente dicho bien con los diferentes movimientos o partidos nacional-populistas de Europa, bien en el continente americano con los secuaces y votantes de Trump, Bolsonaro y Milei. En mi valoración, habría que considerar el actual fenómeno político de los nacional-populismos como una metamorfosis de los nacionalismos que surgieron a finales del siglo XIX. Aquellos acabaron en regímenes cuyo abanico espacia del autoritarismo al totalitarismo, los actuales operan en la dirección de una democracia corregida, restringida o iliberal, según la fórmula muy expresiva de líder húngaro, Víctor Orbán. Por esta razón defendiendo la idea del “tiempo largo” de los nacionalismos y que nos encontramos todavía dentro de ese tiempo.

Concluyendo ya, en mi opinión, para intentar entender lo que está ocurriendo hay que centrar la mirada sobre los sistemas liberal-democráticos. Todos ellos tienen en su base dos pilares: la voluntad popular y la ley, es decir la Constitución. Cuando falta el equilibrio entre los dos pilares, cuando se pretende imponer la voluntad popular por encima de la ley se produce un desequilibrio que lleva a la crisis de la democracia. Lo había apuntado ya en 1956 Edward Shil cuando escribió que el populismo proclama que la voluntad del pueblo como tal está por encima a cualquier norma y que el populismo identifica la voluntad popular con la justicia

y la moral. De dicha crisis, evidente por la creciente abstención del voto también, surge el creciente consenso que encuentran en las dos orillas del Atlántico los movimientos nacional populistas, los cuales, por lo tanto, son síntoma y no causa de la crisis de la democracia. Toda una escuela de pensamiento (Schumpeter, Sartori, Popper y Robert A. Dahal) defiende la tesis de que la democracia es un sistema de dispositivos destinados a imposibilitar la instauración de un régimen despótico o autoritario. Se trata de una posición realista, a menudo calificada de escéptica. Quizás desilusionada, pero que pone de relieve un hecho de la realidad y una preocupación más que fundada. Habrá que plantearse en serio el tema de una reforma de los sistemas liberal-demócratas, mientras tanto la defensa de sus dispositivos es la tarea del presente de la cual no se puede prescindir.

REFERÊNCIAS

BILLIG, Michael. **Banal Nationalism**. London: Sage, 1995.

CANOVAN, Margaret. **Populism**. New York: Harcourt Brace Javanovich, 1981.

IONESCU, Ghita; GELLNER, Ernest (eds.) **Populism: Its Meanings and National Characteristics**. London: Widenfeld & Nocolson, 1969.

SHILS, Edward. **The torment of secrecy: The Background and Consequences of American Security Politics**. Chicago: Ivan R. Dee, 1956.

TAGUIEFF, Pierre-André. **La revanche du nationalisme**. Néopopulistes et xénophobes à l'assaut de l'Europe. Paris: Presses Universitaires de France, 2015.